

Dr. Ramón Clarés

Narices, dignidad y miseria



LOS casos que voy a relatar, acontecieron hace ya muchos años, cuando iniciaba mi carrera. Por esos tiempos, la mocedad médica tenía el afán del cumplimiento del deber, más allá de toda sospecha de interés, y por lo tanto, se le cumplía sin considerar sino al paciente así éste se llamara Sancho, Pedro o Diego y perteneciera a tal o cual casillero de la clasificación social. Eran tiempos de noble romanticismo. Sacrificarse por el enfermo constituía un gozo de orden casi místico. Correr el riesgo de un llamado a media noche, para asistir un caso en barrio famoso por el atraco o la puñalada, nos hacía sentir el calofrío del heroísmo y casi las ganas de ser víctimas efectivas y sacrificiales del cumplimiento del deber.

Creo que, si bien es cierto que en los servicios de anatomía y en las salas de los hospitales, apenas se contaba con un mal alcohol para la desinfección de las manos, exagerábamos nosotros la oportunidad que podía conducir al peligro y que muchas veces nos mantuvo al borde de la muerte. Las infecciones eran frequentísimas por este motivo y los que lograron vencerlas eran considerados, después, poco menos que elegidos de los dioses. *Masochismo*, diríamos en lenguaje de psicopatología actual o

freudiana. Verdad, pero muy noble y fuertemente sentido en beneficio del prójimo. Por entonces, no se averiguaba si el médico era clerical, comunista o miembro de tal o cual logia o cofradía, para ubicarlo en sitios de responsabilidad. No se consideraba sino su eficiencia la honestidad del oficio, la capacidad sacrificial. La política, que tal vez por esos tiempos era un poco menos disociadora que en los nuestros, no alcanzaba a influir en nuestra fraternidad. Se podía llegar hasta la rencilla infantil por razones de conceptos u opinión sobre un principio, respecto a un caso; pero junto al lecho del paciente, no teníamos otro interés ni nos ligaba otro afán que la solución de su problema doloroso. Las sociedades científicas no estaban supeditadas ni a las conveniencias de la C. T. CH. ni a las dictaduras de las asambleas tales o cuales. No se había caído, por lo tanto, en esas graciosas comuniones de profesionales—médicos, dentistas o farmacéuticos—que antes de ser considerados en cuanto al oficio, lo eran en cuanto a *militancia* roja, blanca o azul; radical, socialista o comunista. Esto quiere decir que las suculentas *vicepresidencias ejecutivas*, no conseguían aún la despersonalización del individuo, quien tenía perfecta libertad, de este modo, para superarse gracias a que se le permitía pensar con su cabeza y responder de sus pensamientos.

Por otra parte, el médico no consideraba al paciente, en referencia a su color político, ni a la *seccional*—que me perdone la Academia de la Lengua—en que se había matriculado y se había dejado timbrar a fuego como cualquier negro de los tiempos de Nigeria. La disciplina no se consideraba, entonces, como una renuncia al *yo insobornable* de que habla Ortega y Gasset. Como, por lo tanto no había rebaño, era muy difícil la confusión de los *valores* intelectuales y mucho más la *fabricación de valores*, necesaria a la justificación y explicación de tremendas desvalorizaciones.

* * *

Aunque no lo parezca, hay fuertes lazos asociativos entre los casos que voy a relatar y las palabras que acabo de decir y que espontáneamente se me han escapado a manera de prefacio. El título de esta pequeña tentativa, explica de sobra dicha ligazón e impide que se halle en su estructura ningún pecado de incoherencia.

* * *

Una madrugada, casi antes de que *fuera la luz*, fui solicitado para asistir profesionalmente a una muchacha, cuyos síntomas, dados por teléfono, encajaban en un *cuadro histérico*. Apellido aristocrático (los ácratas de Recabarren no habrían usado, ni por broma, esos apellidos como pseudónimo para prestigiar actividades artísticas o intelectuales, como lo hacen hoy día muchos *revolucionarios* furibundos y marxistas *extra fuertes*, sin reparo ni vergüenza ninguna). Número en una avenida de *residencias* que ahora han descendido a *residenciales*. Bien peinado jardín a la calle, separado de ésta por gran reja monumental, en el dintel de cuya puerta lucía un blasón,—de mentirijillas o no—y bajo el cual un lacayo, con más galones que un general de ejército, cuidaba la respetabilidad y el linaje de sus amos. Uno de estos *inhibitorios* subalternos me aguardaba con cara de reproche, dejándome adivinar en sus gestos que no estaba de acuerdo con la falta de afán y de premura que debió haberme significado el escudo que se repetía sobre todas las puertas de la *gran casa*. El uniforme hace al hombre más *papista* que el Papa, así se trate de un *serviente* como de un *togado*. Ya sabemos que es más difícil ponerse en contacto con el portero de un ministerio que con el ministro, si nos encontramos en la dura necesidad de abordar a este último personaje.

Hube de cruzar varias estancias, salones y antesalas solemnísimas. Las lámparas de lágrimas daban un brillo opaco a los artesonados de los techos. Los próceres de la familia se alineaban en las paredes, todos con un mismo gesto, determinado, por el cuello alto y tieso y el corbatín que subrayaba como una rúbrica de *facsimil* las ilustres fisonomías. De vez en cuando, entre los varones, el retrato de una matrona, o el de alguna virgen muerta en olor de santidad, humanizaba esta samblea de difuntos que desde sus marcos ovals me miraban pasar con indiferencia metafísica. Las sillas de medallón, enfundadas todavía en sus camisones nocturnos se alineaban contra la pared produciendo una tremenda sensación de vacío y de pretérito. Por fin salimos a un patiezuelo, en cuyo centro lagrimeaba una taza de auténticos azulejos sevillanos. Pececillos de colores llegaban hasta la superficie abriendo graciosamente sus hociquitos voraces a la pesca de mosquitos y zancudos.

Se abrió la puerta de una galería que enfrentaba a la pileta y apareció en ella la *señora de la casa* con la cabeza erizada de cachirulos de papel—aún no se había inventado la permanente—los ojos y la nariz un tanto enrojecidos por el lianto.

—La niña está muy mal, doctor—me dijo sin saludarme; y como hemos oído que Ud. es un gran especialista para estas enfermedades lo hemos preferido a... (aquí el nombre de grandes médicos por entonces en boga).

—Muy honrado, señora—le dije con una leve inclinación y seriamente, a la vez que oía, por dentro, como el diablejo ironizante decía casi en voz alta: ¡*Qué honor para la familia!*

Después de andar algunos pasos por la galería entramos al dormitorio. Este era un cuarto de aspecto sombrío y casi desmantelado, que hacía contraste con las estancias que ya había conocido de la *gran casa*. Un extraño malestar me impedía fijar la atención en los detalles. La atmósfera estaba tan viciada, que en ella se confundían todos los olores mefíticos no sólo propios de un cuarto de enfermo de los de entonces, sino los caracterís-

ticos del desaseo. A medida que me acercaba al lecho de la paciente—una muchacha que gimoteaba sin intermitencias, enfundada en un camisón de franela de color indefinido, cerrado herméticamente en el cuello y en las mangas a la altura de las muñecas—el hedor se hacía más pronunciado porque se mezclaba a oleadas de heliotropo blanco *Roger y Gallet*. La chica al verme tuvo un ligero movimiento nervioso para empujar por debajo del catre, el íntimo tiesto de loza inglesa, orlado de flores *acuare-ladas*, que servía a las urgencias nocturnas sin necesidad de salir del lecho. Luego siguió en sus gimoteos y volvió a su actitud de mártir. Fué inútil que repitiera una y otra vez las preguntas clínicas sobre su estado, pues se mantenía en un cerrado negativismo. Mientras tanto, los espasmos de mi estómago se hacían cada vez más frecuentes, obligándome a mantener el pañuelo sobre las narices y la boca y a repetirme a mí mismo, con pretensiones autosugestivas: —*Un médico debe tener siempre buen estómago.*

Me acerqué al lecho de la enferma a fin de verificar el examen físico, pero la intensidad del *Roger y Gallet* acentuó el hedor de la atmósfera, alcanzándome como alma que lleva el diablo hasta llegar a orillas de la pileta.

La señora de los *cachirulos*, que me había seguido, me preguntó entre perpleja y asustada—¿Se siente Ud. mal, doctor?

Le respondí: —Es que esa atmósfera es inaguantable, señora. Y agregué con tono de dignidad ofendida: Si mañana la niña se ha bañado y jabonado *como Dios manda*.—esta frase confirió al agua y al jabón respetabilidades divinas—si se ha cambiado ropa y se ha ventilado la pieza, y sobre todo vaciado el pomo de heliotropo blanco al retrete, puede Ud. avisarme para verificar el examen que ahora me ha sido imposible llevar a cabo. Por de pronto, mis perdones, y hasta la vista, señora. No tema por la vida de la niña, porque se trata de una simple crisis histérica debida seguramente a algún problema sentimental que no ha sabido resolver. Por de pronto, déle a chupar Agua de las Carmelitas en un terrón de azúcar...

Contra todo lo que me esperaba, al día siguiente, muy temprano, la mamá me hizo avisar que se había cumplido todas mis prescripciones y que esperaba ansiosamente mi visita.

La chica era otra. Había cambiado la abominable camisa de franela por una de seda, fácilmente *practicable*, como dicen las gentes de teatro. Se había trenzado el pelo a lo Margarita del Fausto—eran tiempos de ópera—y el gimoteo estúpido y monótono fué reemplazado por un acento argentino y una graciosa sonrisa. La atmósfera olía a buen jabón *Sunlight*, del fino. Sobre el velador un manojo de rosas frescas y un ejemplar de *María*, de Jorge Isaacs. En fin, el reverso del cuadro del día anterior. Las confidencias hechas a medias por la chica, entre rubores y sonrisas deliciosas, confirmaron mi diagnóstico: *Problema sentimental*, en franco camino a su solución, en una atmósfera bien ventilada y con perfume de rosas recién cortadas de la mata.

Hice un examen físico detallado, poniendo especial atención en los *reflejos* y en la *sensibilidad* de la piel. Prescribí bromuros (entonces no había vitaminas ni hormonas) y luego cambio de ambiente donde fuera posible encontrar otra dirección, como quien dice, otro *objeto* a las malas intenciones de la *libido*. Declaré, doctoralmente, que no había necesidad de repetir las visitas, pero la chica y la mamá, casi al unísono, me exigieron que volviera a constatar el milagro del baño, y del jabón y de la atmósfera bien ventilada. En estas otras visitas, y gracias a unos cuantos consejos dados a puertas cerradas, conseguí que la muchacha se sintiera muy por encima del ingrato que la había abandonado. En términos actuales, el *complejo de inferioridad* había sido resuelto favorablemente. El lacayo, sabedor seguramente de mi éxito me despidió en la puerta principal con una *genuflexión versallesca*. Mi prestigio estaba asegurado y no tardó la propaganda en llenar todas mis horas de consulta y de visita. El jabón, el agua y el aire puro, en concordancia con la *psicoterapia*, habían curado la personalidad de mi paciente, ponién-

dola en un plano de dignidad bio-psicológica, que, por lo general, los *ricos* de esos tiempos no conocían ni sentían porque sólo daban importancia a las apariencias, al salón, a los trajes de fiesta, pero nunca a las intimidades invisibles que delatan las narices; y no hay para qué decir la baja y vergonzosa jerarquía que ocupaba el cuarto de baño entre los componentes arquitectónicos de las casas antañonas. Como curiosidad hemos de recordar que entonces, ninguna niña que bien se estimara podía entrar a la tina de baño sino bajo la pudorosa protección de una camisa que ocultaba a sus propios ojos la más bella obra de Dios: el cuerpo de la mujer.

* * *

Este otro caso aconteció en La Serena, mi tierra natal, y fué el siguiente:

En una magnífica tarde veraniega, hube de ceder al llamado plañidero de una pobre muchachita que poco menos que me arrancó a tirones del grupo de amigos y amigas que nos disponíamos a ir a gozar del crepúsculo a orillas del mar. Contra todas las protestas de *mi gente*, me desprendí de ella para seguir a la andrajosa, cuya madre, según me lo decía entre sollozos, se estaba muriendo de una enfermedad muy rara, que a ella le parecía *mal impuesto*. La chica me precedía, guiándome por esos callejones tortuosos que ciñen la ciudad en el barrio de San Juan de Dios y El Tránsito, si mal no recuerdo. Callejones solitarios por cuyos paredones derruídos asoman las retamas, los jazmines y las rosas trepadoras, perfumando la ruta, que esta vez me conducía hacia una tragedia que me preparaba a sufrir, y si me era posible a solucionar. El sol ponía en el paisaje las más exóticas pinceladas; el rumor de las brisas, la femenina fragancia del mar, sumergían el espíritu en un embrujo de extrañas voluptuosidades. Cada charca era como un espejo roto, en el que guiñaba una estrella su llamado de pecadora y ponía en la voluntad, flaquezas de

tentación. Las ráfagas traían y llevaban, acercaban y alejaban los acordes musicales de la banda del Regimiento Arica que reunía a esas horas en la Plaza de Armas, en sus paseos centrales a toda la aristocracia serenense y a los *postulantes* a aristócratas; y en los periféricos, a las *chinas con permiso*—entonces se llamaba *chinas* a las que hoy se denominan niñas de mano, señora de la cocina, *nurses* o *madamas*—a los mozalbetes tímidos, a los viejos verdes y a uno que otro seminarista *vestido de civil*, que así podía gozar de la *buena música* sin caer en pecado de herejía.

Hubo un momento en que el embrujo de la hora, de la luz crepuscular, del perfume de los huertos y la confluencia en los rumores indefinidos, me hicieron olvidar completamente hacia dónde iba y a qué iba. Extasis, sonambulismo provocados por la embriaguez de los sentidos...

—Es aquí, *dotor*—me dijo la muchacha inclinándose para poder entrar por una portezuela medio oculta entre rosas y jazmines trepadores. Después de cruzar un cuarto con disparejo piso de tierra y que servía de comedor a juzgar por los artefactos que se dejaban adivinar en la penumbra, penetramos al aposento donde agonizaba una mujer relativamente joven, contorsionándose de dolor y ahogándose en medio de la inconfundible ferocidad del cáncer uterino que le roía las entrañas.

—El *dotor*—anunció la muchacha, como quien anuncia la esperanza, la vida, el supremo poder.

Una mujeruca encendió una vela y alumbró el camino que conducía hacia el lecho de la enferma. Para cumplir con el ritual tomé el pulso, examiné los ojos ya vidriosos, y extendí la palma de mi mano derecha sobre la frente, para constatar si había o no temperatura. No me cupo la menor duda. Ya nada había que hacer en favor de la desdichada, como no fuera calmarle sus dolores. Era la agonía; el combate final entre la vida y la muerte. Un grupo de mujeres enlutadas mascullaban los rezos para *ayudar a bien morir* con tal fe y concentración que tuve yo que despabilar entre mis dedos la candela que ardía alargando la

llama *humosa* ante una estampa de la *Virgen del Perpetuo Socorro* que, saliéndose del marco se inclinaba sobre unas flores de papel, a la vez que éstas rozaban casi la ígnea lengüeta del candelero. Hice la curiosa observación que estas luces ahondan la oscuridad, y destacándose ellas a sí mismas, sumergen el mundo de las cosas y los seres en tinieblas indefinidas.

Como formando parte de una puerta, con la cabezota apoyada en el antebrazo izquierdo doblado en ángulo recto, sollozaba un hombre, el marido sin duda alguna, que comprendiendo la inutilidad de mi visita no se dignó siquiera darse cuenta de mi presencia, *intrusa* en la intimidad de ese dolor y de esa desesperanza.

Sobre una mesilla coja y apenas cubierta por un trapo blanco preparé la inyección de morfina. Una vez cargada la jeringa y empapada en alcohol la tórula de algodón, me acerqué a la cama donde la infeliz se debatía con la muerte.

—No me la mate, *dotor*, no me la mate—vociferó el hombre saliendo de su quietismo trágico y como si se hubiera desprendido de la puerta, de cuyo marco me pareció parte integrante. Mientras tanto dos mujeres y un mozo de más o menos veinte años—sus cuñadas y su hijo, según supe después—lo sujetaban impidiendo que me arrebatara la *Pravaz* de entre mis dedos.

Procedí a la inyección. A los pocos momentos la paciente recuperaba el ritmo respiratorio y entraba a un sueño tranquilo, sin quejarse, cambiándole totalmente la fisonomía. El marido que tomaba este preámbulo de la muerte como un milagro que le devolvía a su mujer, se hincó ante el lecho, y presa de un verdadero transporte de ternura cubría de besos toscos y apasionados una de las manos de la moribunda.

La muchacha que me había conducido hasta ese sitio, vertía sobre mis manos enjabonadas del clásico jabón de lavar vetado de azul y blanco el agua de un jarro lleno de saltaduras. Rechacé la toalla que se me ofrecía y preferí enjugarme con mi

propio pañuelo de narices. El perfume de *lavanda* que emanó de la batista humedecida me supo a despropósito casi trágico en ese ambiente de miseria y de dolor. Diría que me avergoncé de haber provocado ese fenómeno, vejando la dignidad de esa miseria entrañable, de esa verdad brutalmente dolorosa, con el perfume que en contacto con el agua escapó de mi pañuelo.

No quise admitir la compañía de la chica que se ofreció para reconducirme a la ciudad, y sintiendo el vacío de mis palabras dichas con intenciones de consolación y de falsas esperanzas, le dije: —Si me necesitan de nuevo, no hace sino volver a llamarme. Ya sabe Ud. la dirección de mi consultorio o del club donde estoy con mis amigos, hasta pasada la media noche.

—Gracias, *dotor*, Ha sido Ud. muy bueno al venir hasta esta casa tan pobre y tan *arrinconá*—me dijo la pobre muchacha llevándose el pañuelo a los ojos.

La noche aquietaba sus voces en los callejones del suburbio. Los perfumes de los huertos, quizás por contraste, acentuaron solamente ahora en la fina sensibilidad de mi nariz, la tremenda fetidez del cáncer dominando todos los otros hedores propios de la miseria. La repugnancia orgánica no había tocado hasta ese momento mi sensibilidad. La tragedia de que constituye núcleo y semilia el ser humano abrió la flor mística de su dignidad entrañable, e infundido de su esencia se elevó mi espíritu por sobre *lo hediondo*, por sobre *lo feo y lo miserable*, hasta el plano de incomunismo *ultra marxista*, mucho más allá de los sentidos.

Inhalé gozosamente el aire puro y junto con la felicidad física de la ventilación que me limpiaba por dentro y por fuera de la atmósfera de pestilencia en que estuvo sumergido sin sentirlo una honrada congoja apretaba mi garganta al pensar en la tragedia de esas pobres gentes tan honrada y bárbaramente dolorosa.

* * *

Ya han trascurrido varios años desde que recibiera el título profesional. Soy lo que se llama un *especialista* y aunque la denominación me parece un poco pedantesca, no me cabe otra cosa que admitirla de parte de la clientela que me la adjudica. Estoy convertido en lo que se llama un *psiquiatra*; es decir, en un señor que entiende en todos los enredos del espíritu humano y que al desenredarlos acaso suprime de la vida su única razón de ser: lo problemático.

Mi cliente llegó esa mañana desesperado. Era un hombre relativamente joven, elegante; egoísta y majadero hasta lo indecible; víctima de los millones heredados de sus ancestros, de los cuales recibió también, todas las desviaciones que caben dentro de la denominación de la *psicopatía*. Su obsesión, su respetabilidad y su esclavitud como su sentimiento de libertad no dependían para este infeliz sino del dinero, razón central de su ser. Era lo que psiquiátricamente se llama *oligofrénico*, un débil mental, cuya característica era la avaricia derivada del miedo a la vida que a su vez era la expresión funcional de la deficiencia congénita de su estructura psicológica. Vivía asaltado por la duda, no creía en nada ni en nadie en forma definitiva; necesitaba siempre alcanzar la máxima esencia de una convicción para conseguir a su vez cierta tranquilidad de espíritu y una relativa felicidad. A falta de inteligencia la astucia lo hacía caer en situaciones paradójicas, dándole condiciones de verdad a ilusiones y supuestos que convenían al mantenimiento de su persona. Toda su vida afectiva se reducía al bolsillo y la diferencia de diez céntimos en alguna cuenta o las sospechas de deshonestidad que alcanzaban en su imaginación fuerza de convicción, lo hacían caer en crisis frenéticas en que la agresividad, el miedo, la duda, la indecisión, terminaban por resolverse en llantos y sollozos espasmódicos que no siempre dejaban bien

puesta su prestancia de multimillonario y de hombre de gran mundo.

Por supuesto que era un solterón, un pobre hombre que vivía rodeado de hombres pobres, los que se sometían a sus caprichos, consolaban sus tribulaciones y administraban sus bienes movidos por lástima y por propia necesidad.

Después de una serie de gestos y muecas que no alcanzaban a traducirse en palabras me dijo por fin:

—Fulana me engaña. He descubierto que me engaña por supuesto que con mi mejor amigo y que este juego lo viene haciendo desde hace ya mucho más tiempo que cuando se encendió en mí la sospecha de su infidelidad. Se paseaba enloquecidamente entre los estantes de mi estudio. Sollozaba, hipaba y decía contra ella toda especie de imprecaciones a la vez que recordaba sus méritos de mujer hermosa, de hembra eficiente, de amante discreta. La inquietud lo llevaba sin darse cuenta a cambiar los libros, a amontonarlos en diversos rincones, promovíendome un desorden verdaderamente disparatado y dramático, porque era el trasunto de su perturbación psicopática. Como alzara la voz hasta lo indecible, gritando y vociferando en forma energuménica me temí la explosión de una crisis que no iba a tener alivio con ninguno de los calmantes que se usan en esas circunstancias. Esto porque mi paciente, entre otras particularidades, tenía la del temor a que se le envenenara pretendiendo curarlo por medio de medicamentos. Y en la situación en que se encontraba en ese momento, no cabía duda que las sospechas propias del temperamento persecutorio hacían imposible admitir la ayuda de una inyección, de una píldora o de una poción calmante.

Verdaderamente no sabía que hacer con este señor, con el juicio completamente desquiciado dentro de mi consulta. Sentía que afuera, en la antesala, las gentes se inquietaban por lo que oían más allá de las puertas herméticas del consultorio. Gritos, muebles que caían, libros que rodaban por el suelo,

sollozos, todo eso debe haber dado la impresión o de una pelea con el médico o de una crisis maníaca en máximo furor. Pero, sobrevino la iluminación clínica. Me paré de mi asiento y cobrando una actitud de semidiós que ha encontrado la clave del problema y su solución, le dije: lo más doctoral y profundamente que pude, sin dejar trascender el maquiavelismo terapéutico de mi expresión:

—Pero hombre, Fulano, cómo es posible que se haya dejado Ud. arrastrar por este estado de pasión sin haber pensado antes que la infidelidad de ella (yo cité el nombre) le significa a Ud. una enorme disminución en los gastos de su mantenimiento ya que estos van a ser compartidos por su rival, que también es un hombre de bastantes millones y mucho más arriesgado en el gasto del dinero?

Una inyección de morfina no habría producido más rápidamente la calma de la excitación, ni hubiera trasladado a mi sujeto de la desesperación a la euforia con una rapidez mayor. ¿Cómo no lo pensé antes? exclamó golpeándose la frente y riéndose de gozo entre mefistofélico y beatífico. Es claro, siguió, me reiré de este imbécil, refiriéndose al rival y ella no exigirá de mi bolsillo más de lo que hasta ahora yo le había dado a pesar de sus alusiones indirectas a lo que ella llamaba mi falta de liberalidad. Luego abrazándome efusivamente, me dijo: —Doctor, Ud. ha hecho el milagro de encontrar el remedio preciso para mi tortura. No lo olvidaré jamás...

Por cierto que fué éste lo que se denomina en nuestra carrera un golpe clínico. La personalidad de mi paciente estaba instaurada, desarrollada y mantenida por el complejo de avaricia y hacerle sentir que la participación de los gastos que le significaba su amante bajaba el nivel de los suyos propios, constituyó el más eficaz lenitivo de su desquiciamiento psicológico.

Se diría que este fué un caso de miseria inodora. Sin embargo, la repugnancia abstracta no deja de registrarse en forma de rechazo y condenación por medio de espasmos, ascos y vó-

mitos, fenómenos que hoy estudia y comprueba la Medicina Psicosomática contra todos los escepticismos de los médicos que no creen sino en lo que huelen, tocan y comprueban en forma material.

Como se ve pues, hay un nexo sociativo entre las narices, la miseria y la dignidad humana que no siempre son capaces de captar, ni mucho menos de valorizar, en su fino sentido interpretativo de los misterios del espíritu humano, los que no están premunidos de la sensibilidad correspondiente para discriminar sobre este extraño fenómeno.